

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

6. 3. TEORÍA DE LA EXPRESIÓN POÉTICA

Carlos Bousoño
(1923-)

SAN JUAN DE LA CRUZ, POETA DEL SIGLO XX

Creo que no es preciso detenernos más en estos análisis para concluir que, en efecto, en la poesía de San Juan de la Cruz, y por el lado de sus imágenes, hay, decididamente y del todo, un sustancial cambio, de cariz revolucionario, en la concepción misma de lo poético. Y que ese cambio que él introdujo es exactamente el mismo que trajo, pero sólo siglos después, la poesía que técnicamente llamamos “contemporánea”. Frente a la poesía últimamente racional (en cierto sentido) de su tiempo, y del que le sigue durante tres centurias, la poesía últimamente irracional que San Juan nos ofrece. La primera, para ser disfrutada, y por tanto, para existir, requiere hacerse inmediatamente inteligible, en cuanto a lo que está expresando de la realidad. La segunda, la de San Juan (y la de los poetas “contemporáneos”), no necesita de tal requisito: hace efecto sin que averiguemos previamente la referencia “realista” (o sea, racional), en que nuestra emoción, sin embargo, descansa y de la que recibe el ser. Se trata, en verdad, de dos modos contrarios de arte. En uno, antes “sabemos” y luego nos emocionamos. En otro, nos emocionamos de entrada, y únicamente después, y por consiguiente, en un acto superfluo desde el punto de vista estético, podemos, si nos entra esa curiosidad, hallar las razones o apoyaturas realistas del sentimiento o intuición que se nos ha dado. En estilo más rápido y vulgarizador: toda la poesía, desde Homero hasta los románticos, inclusive, pide una clara comprensión de lo que se quiere decir lógicamente con ella. La de San Juan y los “contemporáneos” puede ser y es gozada sin ser, en ese sentido, “entendida”. Es asombroso que San Juan, en el siglo XVI, haya podido ejecutar por sí solo tan gigantesca y radical enmienda a la estética de su momento histórico, vuelta por él rigurosamente del revés. Pero es más asombroso todavía verle hasta cierto punto consciente de su genial innovación. Recordemos lo que dice en el fragmento antes transcrito del Prólogo al “Cántico Espiritual”: que sus canciones

aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración; porque la sabiduría mística (la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan) no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma.

Esto es: mis versos, por ser “dichos de amor” y tratar de experiencias místicas, de por sí inefables, no necesitan, para producir efecto, ser entendidos distintamente. Subrayemos y reiteremos lo que este increíble párrafo evidencia: que San Juan estaba al corriente no sólo del irracionalismo sustancial de su poesía, sino también de que la causa de tal irracionalismo estribaba en el irracionalismo del contenido mismo que ella expresa.

Nuestro autor se dio cuenta, pues, del fenómeno en que su lírica consiste. De lo que no se percató es del cariz revolucionario que tal fenómeno supone. Y ello, aparte de otras posibles motivaciones, porque para él el arte no era nada y lo era todo Dios, la religión, el perfeccionamiento espiritual. Lo que le importa de sus canciones es lo que tienen de “místicas”, no lo que tienen de “poéticas”. Pero ocurre que desde el punto de vista místico, el autor, aunque muy personal, no era un revolucionario, porque no podía serlo: la mística viene a ser, de hecho, un proceso esencialmente invariable, indiferente de algún modo al fluir de la historia y aún al matiz de la confesionalidad del sujeto. Y como lo que le interesa a San Juan, vuelvo a decir, es lo expresado (el misticismo) y no la expresión (la poesía) no podía tener ojos para lo que ésta aportaba como gran novedad.

La pormenorizada investigación de nuestro trabajo, aunque fatigosa tal vez, no ha sido, pues, inútil, porque se desprende acaso de ella la explicación de esa sensación de novedad, cercanía y frescor que los versos de San Juan nos proporcionan, y, en último término, la explicación, hasta donde ello cabe, de la índole misma en que su genialidad reposa. Claro es que a aquella sensación cooperan otros ingredientes de

la obra poética que consideramos, algunos de los cuales fueron ya vistos muy certeramente por Dámaso Alonso, en su libro sobre el poeta. Limitémonos, y a la carrera, a dos aspectos en que Dámaso Alonso no reparó. El primero de ellos sería la ausencia de mitología. Nótese, por lo pronto, que también aquí San Juan de la Cruz se instala del lado de acá, junto a nosotros y muy lejos de su siglo; pero además, visto el poeta en su tiempo, la falta de arrastre mitológico nos descansa y refrigera de lo que para nuestra sensibilidad es más aburrido y sordo de aquella poesía, casi toda ella petrarquista, que le rodeaba por todos los sitios. Aquí y allá puede haber toques mitológicos en San Juan, pero son sólo eso, toques, y por serlo, cosa en él incluso sorprendente y graciosa. La lista es breve: el “canto de sirena”, la “dulce filomena”, las “ninfas de Judea”, y no sé si alguna expresión más. Nos sentimos oreados y a espaldas de la escayola grecorromana de tanto verso del período, que podía por otras razones, y pese a su mitolomanía, ser de gran mérito. Pero San Juan es otra cosa: es un contemporáneo nuestro. No sólo en su desprecio por la mitología, y mucho más aún en el uso de imágenes visionarias y símbolos, tal como hemos visto, y de su importantísima consecuencia, de que no hemos hablado: la sensación verbal y expresiva del misterio. También en la índole de su arrebató emocional. No sé si soy incomprensivo para Fray Luis de León, pero yo no veo en la literatura española anterior al romanticismo, o aun anterior al siglo XX, ningún poeta que en ese punto venga a ajustar tanto con ciertos poetas del siglo XX, en algunas de sus composiciones: “Campos de Soria”, de Machado, o ciertos poemas muy significativos de Guillén y de Aleixandre. Ese tipo de arrebató luminoso que caracteriza a San Juan no lo tiene nadie en su tiempo, ni antes ni después”, sólo, de otro modo, vuelve a existir para España en esos tres poetas que he señalado. De otro modo, repito. Dejemos a un lado a Machado, por ser en él muy ocasional el fenómeno. En Guillén, el arrebató tiene luz, pero, más en cristal o en bloque resplandeciente: algo como a punto del estallido. En el Aleixandre de “Sombra del Paraíso”, la luz se extiende con más amplitud y como en visión de inmensidad cósmica. En San Juan, insisto, ello se realiza de diversa manera. Hay vuelo y luz, pero vuelo y luz que templan en una atmósfera delicada, blanda de aire fino, enamorado, sutil.

En ese adelantarse hasta nosotros reside, a mi juicio, el carácter único de la genialidad de San Juan. Se me dirá que también Góngora coincidió, al menos en algún aspecto importante, con la generación española de 1925; y que Quevedo es un poeta de 1950. No hay duda: ello es así. Pero esas tangencias, parecidos y proximidades de Góngora y

Quevedo con ciertas generaciones de nuestro siglo tienen otro cuño, son otra cosa, y otra cosa menos anómala, inexplicable y sorprendente. Digámoslo de una vez: otra cosa, en ese sentido, menos genial, pues el largo y ancho valor de esos autores rebosa por otros lados de su obra. La diferencia entre el contacto con nosotros de San Juan, y el de Góngora o Quevedo es de simple y fácil exposición. Góngora y Quevedo nos tocan y se nos acercan, *pero desde su siglo*. Quiero decir que aunque los sintamos afines, los sentimos afines *también* a su propio tiempo histórico. Son del siglo XVII y se nos parecen. Eso es todo. Lo raro y genial de San Juan es, por el contrario, que San Juan *en sus versos* no tiene nada que ver con su siglo XVI y tiene que verlo todo con nuestro siglo XX. San Juan en el quinientos es la belleza del “patito feo”, una incongruencia casi monstruosa. No me extraña que Menéndez Pelayo no lo sintiese humano, sino angélico, algo como un milagro, pues este crítico que sólo tenía al lado en cuanto a la poesía un postromanticismo español en notable retraso con la sensibilidad ya “contemporánea” de otros países, a la que él incomprendía, pese a su mucha sabiduría y talento crítico, no podía ver en San Juan, aunque admirativamente, más que eso: su incoherencia con toda la poesía de “los hombres”. Por supuesto: “los hombres” que él conocía o reconocía como poetas. Para nosotros, San Juan es, por el contrario, humano, humanísimo, más humano aún, en algún sentido esencial, que otros poetas del Siglo de Oro, pues que se parece más a lo que, en consideración inmediata, nos es el modelo mejor de humanidad: a saber, un contemporáneo nuestro.

BOUSOÑO, Carlos. “San Juan de la Cruz, poeta del siglo XX”, en *Teoría de la expresión poética*, Madrid, Gredos, 1966, pp. 201-204, (Estudios y ensayos, 7).